

POR
JORGE DE LOS SANTOS,
artista y pensador



EL ENIGMA

“LOS QUE ENCONTRAMOS LOS DEJAMOS, LOS QUE NO ENCONTRAMOS NOS LOS TRAEMOS”, LE DIJERON A HOMERO UNOS JÓVENES PESCADORES CUANDO LES PREGUNTÓ POR LO QUE HACÍAN. Y HOMERO LE DIO VUELTAS A AQUEL ENIGMA. CUANDO VIO QUE ERA INCAPAZ DE RESOLVERLO SE APODERÓ DE ÉL UNA GRAVE MELANCOLÍA QUE LO LLEVÓ A LA MUERTE.

No resolver un enigma significaba, Homero era consciente, no merecer la sabiduría. Los tebanos también lo sabían. No descifrar el de la Esfinge (“¿Quién es el único ser de entre todos los habitantes de la tierra, las aguas y el aire que tiene una única naturaleza, pero posee dos pies, tres pies y cuatro pies, y es más débil cuantos más pies posee?”) suponía perecer; ser engullido por el monstruo del desconocimiento, por el veneno de la ignorancia. Cuando Edipo responde: “El humano”, la Esfinge desaparece. Por eso, los humanos somos pretendientes de la sabiduría, desveladores de enigmas. Es nuestra más profunda condición. Para un ser humano, no enfrentarse al enigma es deshumanizarse, no saber dar sentido, no habitar el mundo. Un mundo continuamente saturado de enigmas, que es en sí mismo un enigma, poblado de criaturas, nosotros mismos, que somos un enigma hasta para nosotros mismos.

TÚ PARA MÍ ERES UN ENIGMA. YO PARA MÍ SOY UN ENIGMA. El lenguaje con el que nos comunicamos es un enigma. Todo está enmascarado, hay que desentrañarlo y darle sentido. La literalidad no existe y nunca existió; lo apodíctico –aquella proposición demostrable, que es necesaria o evidentemente cierta o válida– es una falsa ilusión. El escritor austriaco Thomas Bernhard lo señala con contundencia en uno de sus personajes: “Lo literal siempre lo destruye todo”. En ese titánico e inacabable esfuerzo por comprender está lo que somos. Sin ese esfuerzo no nos distinguimos de un pedrusco. Nuestro proyecto y destino es descifrar, esclarecer, interpretar lo que mostrándose evidente no lo es. Escribe Salinas en dos versos: “Lo que eres/ me distrae de lo que dices”. Lo que pareces ser nunca es lo que eres. Lo que dices ser me oculta lo que eres. Eso hace que relacionarnos sea una tarea exigente, penosa, raramente gloriosa y mayoritariamente decepcionante, que la incompreensión y el afán por comprender nos remitan continuamente al dolor y al esfuerzo por el enigma que somos. Ovidio pone en boca de Medea, después de que matara a sus hijos: “Veo lo mejor y lo apruebo, pero sigo lo peor”. Medea no sabe

quién es ni por qué lo ha hecho, ni tú quién eres tú y por qué haces lo que haces, porque no estamos contruidos desde la inquestionable razón. Somos una interpretación, elementos emergentes del enigma. Nuestra existencia sólo consiste en afrontarlo.

EL RIESGO DE LOS INDIVIDUOS NO CARIÑOSAMENTE AMPARADOS POR EL COLECTIVO, sino interesadamente tutorializados por unos pocos, es que se ha cambiado la necesaria ayuda para descifrar por la colonización y parasitación de sus subjetividades. Lo que ocurre en una sociedad donde siempre surge un *experto* (nunca un sabio) dispuesto a darte la rápida respuesta a cambio de retribución en *cash* o en *likes*, que bajo la apariencia de resolver el enigma te dice quién debes ser, es que te mantiene en una permanente infancia. Como hiciera el poder pastoral que guiaba el rebaño a través del sacerdote, hoy un experto impone un modo de entender y actuar, de ser tú mismo, de darle respuesta a tu enigma que exige tu sumisión y obediencia constante. Los humanos cerramos preguntas pero solo para abrir otras. La pregunta es el hálito que nos sostiene. Una sociedad que no mantiene las preguntas ignora que a los humanos no nos gusta que nos lo den todo resuelto. En el resolver e interpretar somos lo que somos. No podemos olvidar la heroica tarea de preguntarnos por todas las cosas, por ti y por mí, por los neutrinos o la sopa de ajo, por adónde vamos y de dónde venimos... por el enigma. Si Homero hoy le hubiera preguntado al dios Google por lo que hacían aquellos mocosos o le hubiera pedido a los chiquillos que fueran más explícitos, quizá hubiera sobrevivido a su trágica melancolía un rato más, pero su tristeza se hubiera vuelto infinita al comprobar que no le habría supuesto esfuerzo desentrañar el enigma, que sabía el resultado del partido antes de que este empezara. Si el legendario aedo hubiera sabido que un día el fascinante misterio de lo enigmático sería visto como algo a desterrar no hubiera dado una dracma por esa sociedad que aborrece el enigma. El de saber, por ejemplo, qué diablos hacían esos chiquillos y qué era eso que al encontrarlo lo dejaban y al no encontrarlo lo traían. □

“ Cuando Edipo resuelve el
enigma que le plantea la Esfinge,
esta desaparece. Resolver enigmas
es nuestra condición
más profunda y más humana ”

